

*La derecha política en Uruguay  
en la era del fascismo 1930-1940*

Alfredo Alpini. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 2015, 93 pp.

El libro de Alfredo Alpini, resultado de un trabajo monográfico realizado en el marco del Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Derecho (Udelar), se propone como un estudio de la «derecha política» que emergió en Uruguay al calor de la crisis del liberalismo y el ascenso de los fascismos en Europa. Con este término se califica a aquellos sectores dentro del campo de las derechas que ostentaron una posición nacionalista y antiliberal y tomaron el modelo fascista italiano como fuente de inspiración. La investigación se sustenta en el análisis de un conjunto de revistas y periódicos publicados por las agrupaciones aquí tratadas así como de los escritos de sus principales exponentes.

Luego de introducir al lector en la realidad política uruguaya de las tres primeras décadas del siglo XX, caracterizadas por los avances reformistas del batllismo y la ofensiva conservadora para detenerlos, el libro avanza sobre las condiciones de posibilidad para la aparición y desarrollo de diversas formaciones de derecha radical en el país: la reacción al proceso de modernización capitalista y la penetración de la cultura fascista de circulación transnacional. Asimismo, la coyuntura política que se abrió con el golpe de Estado de Gabriel Terra (con apoyo de blancos herreristas y colorados no batllistas), al deslegitimar el orden democrático y dar a la derecha liberal conservadora el control del gobierno, resultó un marco propicio para su emergencia.

A continuación, Alpini reconstruye la mirada de organizaciones derechistas agrupadas en torno a publicaciones y figuras de cierta relevancia que proliferaron promediando la década del treinta. Entre ellas destacaron Acción Revisionista del Uruguay (ARU), que editó *Corporaciones* y cuyos principales ideólogos fueron Teodomiro Varela de Andrade y Adolfo Agorio; el Movimiento Revisionista y su publicación *La Fragua*, ambos dirigidos por Leslie Crawford; la Asociación de la Juventud Patriótica del Uruguay y su órgano de prensa *Fragua*; Acción Nacional, que editó *Audacia*; la Unión Nacional del Uruguay y su publicación *El Orden*, dirigida por José Castellanos; Renovación Nacional y su periódico *Combate*. Todos estos grupos, a excepción de la ARU, permanecieron por fuera de la dinámica política partidaria y no lograron unificarse en torno

a un líder o movimiento único. Esto explicaría en parte por qué no alcanzaron posiciones de poder ni relevancia política y social.

Los cuatro capítulos siguientes se enfocan en los componentes ideológicos que nutrieron a las expresiones radicales así como los matices y las diferencias que mantuvieron con otros sectores dentro del campo de las derechas. El autor distingue la conformación del pensamiento conservador liberal con representación en los tradicionales partidos Blanco y Colorado, donde destaca la señera figura de Luis Alberto de Herrera, y la tradición antiliberal y nacionalista encarnada por las agrupaciones mencionadas que, aunque comparativamente débiles respecto a los países de la región, tuvieron cierta presencia a nivel local. Entre los presupuestos y visiones compartidas se señalan el rechazo al igualitarismo y la exaltación de los valores de la elite, una visión restringida de la democracia, la oposición al predominio montevideano sobre la campaña, el cuestionamiento a la cultura urbana, el marcado anticomunismo y la xenofobia, la masificación y el estilo de vida de Montevideo, dando particular énfasis a la oposición campo/ciudad. Estas coincidencias no encubren, sin embargo, las marcadas divergencias existentes dentro del amplio espectro de las derechas de la época, especialmente el carácter antisistémico y «revolucionario» de la tendencia radical que promovió una transformación de las bases de la institucionalidad política uruguaya. Fueron, por tanto, más lejos que los conservadores que apoyaron el golpe de Gabriel Terra al manifestar su abierto rechazo al sistema representativo, a los partidos políticos y al sufragio universal, tres instituciones básicas de la democracia liberal. El fascismo italiano les proveyó de un modelo inspirador para sus proyectos políticos. En particular, su concepción del corporativismo, que el autor destaca como su aspecto más novedoso, fue considerada una «alternativa revolucionaria» a aquella. Alpini da cuenta, además, de cómo en el período estudiado estas expresiones, aun cuando profesaron un profundo anticomunismo, no surgieron en oposición a los partidos marxistas «sino como un intento de derribar el sistema democrático» (p. 45).

A las versiones más radicales se sumaron otras iniciativas que incorporaron parcialmente la ideología corporativa, suavizando sus aristas más extremas. Fue el caso del Partido Agrario (1928), fundado en San José por Andrés Podestá, y el Ruralista (1936), con sede en Salto. Estas nuevas formaciones politicopartidarias se presentaron como voceros de los grupos económicos y sociales vinculados a la producción agropecuaria (principal fuente de la riqueza nacional) que se consideraban escasamente repre-

sentados dentro de los partidos tradicionales, canalizando así sus demandas y necesidades. Su objetivo era alcanzar una mayor representación e incidencia de los intereses que encarnaban en los ámbitos de decisión política. Pese a las simpatías que algunos de sus integrantes profesaron hacia los regímenes fascistas europeos, se distanciaron de la derecha radical por su adhesión al sistema de partidos y la democracia liberal.

El penúltimo capítulo se centra en la reconstrucción de la trayectoria de dos de los principales intelectuales e ideólogos afines al fascismo y al nazismo: Adolfo Agorio, fuertemente vinculado a las agrupaciones nacionalsocialistas que funcionaron desde la década anterior, y Teodomiro Varela de Andrade, ambos fundadores de la ARU y editores de la revista *Corporaciones*. Tras inscribirlo dentro del campo intelectual y cultural uruguayo de comienzos del siglo, Alpini presenta con detalle la deriva ideológica de Agorio. Su inicial adhesión al liberalismo y su posición proaliada durante la Primera Guerra Mundial fue decantando en desencanto hacia al sistema democrático causante de la decadencia moral y política de occidente hasta finalmente, a comienzos de la década del veinte, abrazar la ideología fascista. En esos años estableció sólidos vínculos con la sección uruguaya del partido nazi y con representantes diplomáticos del régimen alemán. En los treinta, Agorio ya era un consagrado «intelectual entregado al fascismo y al ideal ascético de la vida». Muy similar fue el recorrido ideológico de Varela de Andrade, cuya militancia política comenzó en filas del anarquismo y, tras un breve pasaje por el batllismo, terminó incorporándose al sector conservador del Partido Colorado, que apoyó el golpe de estado de Terra. En ese contexto propuso un proyecto de reforma constitucional de base corporativa que no tuvo eco en filas del coloradismo.

Para terminar, el texto aborda de manera muy sintética los proyectos dirigidos a incorporar aspectos corporativistas que se presentaron durante los debates de la Convención Nacional Constituyente de 1934. Esos proyectos constituyeron fórmulas que tendían a la incorporación de representantes de las

actividades productivas del país con incidencia más o menos directa en la conducción económica. Aun cuando la constitución de 1934 contempló la creación de un Consejo de Economía, la mayoría absoluta de legisladores rechazó de plano la viabilidad de un Estado de tipo corporativo en Uruguay. Pese a sus simpatías hacia el fascismo, el conservadurismo clásico no estuvo afín a incorporar esa innovación institucional ajena a la tradición política uruguaya.

El libro de Alpini constituye un aporte para el campo de estudios sobre las derechas, sus ideas y sus prácticas en Uruguay; campo que ha venido consolidándose de manera significativa tanto a nivel local como regional. Mientras la mayoría de los trabajos refieren al pasado reciente en un intento por comprender los factores que condujeron al golpe de Estado en 1973 y cómo surgió el fenómeno de la violencia política, aquí se desplaza la cronología hacia un pasado más lejano (las décadas del treinta y del cuarenta), un pasado que reclama un mayor abordaje historiográfico. Esta operación no solo es necesaria, sino imprescindible en aras de comprender las líneas de continuidad y ruptura entre las tendencias radicales aquí analizadas y la llamada «nueva derecha» de los sesenta y setenta. Asimismo, el libro privilegia el análisis discursivo al centrarse en las diversas lecturas y apropiaciones que las derechas en su heterogeneidad de vertientes y tradiciones ideológicas hicieron del fascismo y, en particular, del corporativismo. Se extraña, sin embargo, un mayor abundamiento en las prácticas de estos grupos así como en los vínculos que mantuvieron con el conservadurismo partidario. Queda pendiente un análisis más minucioso respecto a las redes que tejieron entre ellos y con otros movimientos tanto a nivel local como regional. Es sabido que la aparición de grupos filofascistas o abiertamente fascistas en el período fue parte de un fenómeno regional y global, por lo cual sería interesante establecer las conexiones, flujos y circulación de ideas y personas a través de fronteras así como la existencia de espacios que los posibilitaron.

María Eugenia Jung  
Universidad de la República